

DOMINGO XXXI – CICLO C

2 de noviembre. FIELES DIFUNTOS

Lam 3,17-26. *Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor*

Sal 129. *Desde lo hondo a ti grito, Señor.*

Jn 14,1-6. *En la casa de mi Padre hay muchas moradas*

COMENTARIO A LAS LECTURAS

Si ayer, festividad de todos los santos, contemplábamos con alegría a tantos y tantos hermanos nuestros que tras haber pasado de este mundo al Padre gozan ya de la gloria de Dios, hoy nos fijamos, con ánimo agradecido, en aquellos otros hermanos que, habiendo cruzado ya el umbral de la muerte, esperan de la misericordia divina la apertura para ellos de las puertas del reino.

El misterio de la muerte

Nada está tan cercano a la vida del hombre como la muerte. Y sin embargo, nuestro mundo parece ignorar este hecho. "*Nuestras vidas son los ríos / que van a parar al mar, / que es el morir...*" cantaba el poeta. Sin embargo, como cristianos sabemos que la muerte no tiene la última palabra.

El Concilio Vaticano II dice (GS 18) que "el máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo.

La Iglesia, aleccionada por la Revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre. La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en la historia a consecuencia del pecado, será vencida cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en la salvación perdida por el pecado.

Dios ha llamado y llama al hombre a adherirse a Él con la total plenitud de su ser en la perpetua comunión de la incorruptible vida divina. Ha sido Cristo resucitado el que ha ganado esta victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte.

Para todo hombre que reflexione, la fe, apoyada en sólidos argumentos, responde satisfactoriamente al interrogante angustioso sobre el destino futuro del hombre y al mismo tiempo ofrece la posibilidad de una comunión con nuestros mismos queridos hermanos arrebatados por la muerte, dándonos la esperanza de que poseen ya en Dios la vida verdadera".

Hoy hacemos nuestra oración y ofrecemos el sacrificio de la Misa por nuestros hermanos difuntos. "*Es una idea piadosa y santa rezar por los difuntos para que sean liberados del pecado*" (2 Mac

12,46). La oración por los difuntos, anclada en la más profunda tradición cristiana se funda, queridos hermanos, en tres hechos fundamentales de nuestra fe:

- En primer lugar, rezamos por nuestros difuntos porque creemos en la resurrección. Si no creyéramos en la resurrección sería inútil rezar por los muertos, decía la primera lectura. San Pablo en su primera carta a los corintios también se hace eco del tema y dice: *"Cristo ha resucitado de entre los muertos, como anticipo de quienes duermen el sueño de la muerte. Porque lo mismo que por un hombre vino la muerte, también por un hombre ha venido la resurrección de los muertos. Y como por su unión con Adán todos los hombres mueren, así también por su unión con Cristo, todos retornarán a la vida"* (1 Cor 15,20-22).

- En segundo lugar, rezamos por los muertos porque creemos en la comunión de los santos. Según el concilio, *"todos, aunque en grado y formas distintas, estamos unidos en fraterna caridad y cantamos el mismo himno de gloria a nuestro Dios. Porque todos los que son de Cristo y tienen su Espíritu crecen juntos y en Él se unen entre sí, formando una sola Iglesia (cf. Ef., 4,16). Así que la unión de los peregrinos con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo, de ninguna manera se interrumpe; antes bien, según la constante fe de la Iglesia, se fortalece con la comunicación de los bienes espirituales"* (LG 49).

- En tercer lugar, rezamos por los difuntos, porque creemos en el amor que es más fuerte que la muerte; y porque la muerte no rompe los vínculos de amor que nos unen a nuestros seres queridos, antes bien alienta la auténtica esperanza que nos abre a la vida eterna.

SUGERENCIAS PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR

Expón lo que te haya llamado más la atención de las lecturas, después de haberlas leído y reflexionado antes de la reunión.

Pensemos en nuestros seres queridos que ya han cruzado el umbral de la muerte. Tengamos con ellos un momento de memoria agradecida pensando en lo mucho y bueno que nos han dejado. Recordémosles con amor y agradecimiento. ¿Verdad, que el amor es más fuerte que la muerte? ¿Cómo vivo yo la muerte de mis seres queridos? ¿Intento dar un paso más allá de la tristeza avanzando por la esperanza? ¿Me ayuda la fe y la oración en ese momento de dolor? ¿Considero que al final todos estaremos juntos en el Reino celestial, bajo el abrazo eterno de Dios? ¿Me prepara para el encuentro definitivo con Dios mortificando mis pasiones y alentando el amor y la esperanza?

PIENSO, REZO Y ESCRIBO MI COMPROMISO PERSONAL
